

Textos

NIEVES MUÑOZ MUÑOZ¹

Los ecos del banquete no escrito²

En la cocina de la casa, unas mujeres, invisibles para la historia, sin ser vistas ni oídas, trabajaban sin cesar cocinando, limpiando, fregando, preparando todo tipo de alimentos para que el resultado del ágape fuera perfecto, para que esa noche no faltara de nada, según se había previsto. Cumplidas estas acciones tenidas por estúpidas, olvidadas –hasta las palabras para referirse a ellas se vuelven ridículas al ser pronunciadas–, el saber podría abrirse paso en todo su esplendor. Lo que ocurrió en esta ocasión fue que las mujeres encargadas de preparar tan insigne Banquete, no sólo harían posible con sus manos el desarrollo digno del evento, sino que lograrían recoger algunas migajas del saber de los hombres; elaborarían con ellas pequeños discursos que, aunque se romperían antes de poder ser recordados, ahí debieron de quedar sus ecos porque, al fin, la noche los conservó y pudieron ser rescatados. Así pues, las mujeres iban a iniciar también su propio lenguaje. Ellas, a hurtadillas, llevaban tiempo guardando y amasando las migas que día tras día iban dejando caer los hombres de sus numerosos Banquetes y, hábiles en esa función, harían posibles sus productos, sus palabras, escondidas dentro del recinto cerrado que habitaban: la cocina.

Estas mujeres que cobraron vida en mi noche y que la historia se olvidó de nombrar, fueron: Helena, Aspasia, Mirrina, Safo, Fedra, Ifigenia y Erinna. Hubo otra mujer, Lastenea, cuya presencia no esperaban, no era una mujer de las cocinas –como ellas –, pero fue invitada por Fedra y, aunque apareció tarde, su presencia sería determinante en el desarrollo de este banquete paralelo que contemplé en la noche, cuando esta me transportó sus sonidos junto con el resplandor que en los sueños habita. Con el paso de las horas, todas ellas se harían familiares, sus nombres se identificarían perfectamente con sus rostros, y hasta con sus cuerpos, pero en un principio parecía imposible que esa especie de sombras en movimiento que a duras penas contemplaba deambular por la cocina pudieran ser reconocidas y, menos aún, pudieran ser portadoras de algún nombre. Estas mujeres vulgares, sin reconocimiento, dejarán de asomar por las rendijas de su existencia pensamientos que no tuvieron –o sí tuvieron–, que fueron el viento pudo portar sus silenciosas palabras como nos transportó los ecos de su trabajo ciego, ese que sí fue pero a nadie importó.

Mucho tiempo llevaban oyendo sin escuchar la musicalidad del lenguaje de los hombres; sí, ellas también eran griegas y hablaban griego y las palabras, cuyo rumor sonaba a su alrededor, se iban depositando en su interior más profundamente de lo

1 Catedrática de Filosofía. Profesora IES Francisco Ribalta de Castelló.

2 Este texto está extraído del libro del mismo nombre publicado en la editorial Sendes de la Universitat Jaume I.

que ellas mismas podían imaginar. Poseían un saber que no sabía de su saber y que tan sólo necesitaba de alguien que le ayudara a emerger; no les habían permitido ver –esas ventanas siempre abiertas por las que pudieron entrar todo tipo de sonidos, y supieron recogerlos como hacían con las sobras caídas de tantas mesas preparadas por ellas.

Generaciones de mujeres, desde los tiempos de Tales, el viejo sabio de Mileto, habían estado rodeadas de sonidos que podían entender aunque no pudieron entender, pero ahí iban quedando grabados en sus cuerpos como lo hace el hierro ardiente sobre el objeto en que incrusta su fuego. Los poetas, los sabios, pasaron por su lado; no las vieron, las despreciaron, siguieron su camino ignorando a esas mujeres que les preparaban sus vidas, pero estaban a su lado y ellos hablaban y recitaban, y ellas oían, y las palabras acariciaban suavemente sus oídos aunque no fueran capaces de reconocerlas. Bastó que el azar bendito prendiera a un tiempo algunas chispas para que se produjera la mágica conjunción: las palabras dormidas comenzaron a brotar desde esa tierra que no era baldía y que habitaba el cuerpo de las mujeres, sus existencias rutinarias no hubieran tenido nada de extraordinario de no ser por el cúmulo de circunstancias que las alteró, conduciéndolas por los caminos desconocidos del lenguaje, los que a mí me llegaron a través de la noche. Bastó, por ejemplo, que entre estas mujeres estuviera Diótima, la mujer de Mantinea. Diótima entra en estas dos historias, aunque en esta que voy a contar, en el banquete de las cocinas, tuvo un escaso papel: lo hizo posible pero no llegó nunca a participar en él. Consiguió colarse en el banquete oficial, no físicamente, pero sí llegaron hasta allí sus discursos sobre el amor expuestos por Sócrates, y así fue como se olvidó de las mujeres y trató de representar el papel estelar que le estaba reservado en la gran sala.

[...]

Helena da comienzo a la reunión

Helena se sentó en el centro, se encargaría ella de dirigir la reunión, pues era la que había dialogado con Diótima y la que mejor conocía el contenido de su discurso, además tenía capacidad para educar a las otras mujeres aprovechando las sobras del saber que habían llegado hasta ella, precisamente por esa relación con Diótima. Las mujeres que iban a tomar parte en este Diálogo no tenían motivos para ser instruidas, no habían tenido grandes maestros, carecían de la educación esmerada y necesaria para poder discutir intelectualmente, pero poseían una fina sensibilidad y una intuición capaces de captar ese lenguaje en el que Helena les había ido introduciendo desde hacía tiempo y que les sirvió para aguzar los oídos y liberar su pensamiento. Eso no quería decir que algunas de ellas, de manera silenciosa, no se hubieran hecho con restos de saberes sobrantes en otras salas y en otros Banquetes. El caso más sobresaliente era el de Fedra, afortunada en la casa en que había servido anteriormente y que le había proporcionado algo parecido a una buena educación; las otras mujeres habían recogido también sus migas y no paraban de amasarlas. Así pues, con estos ingredientes que tan bien aprendieron a

utilizar, se podría afirmar que sí llegaron a ser instruidas. Habían logrado una buena destreza en el manejo del lenguaje, que en transcurso de la noche se fue haciendo cada vez más patente, hablando sin descanso y enlazando sus diálogos como si fueran expertas en el infinito juego de palabras. Prendida una pequeña llama del saber en sus almas, el rescoldo proporcionaría una nueva visión, inconcebible antes para lo que eran sus míseras existencias; además, el contenido sobre el que se pretendía hablar, paralelo al de los hombres, estaba ligado al plano de los sentimientos que eran perfectamente capaces de entender, se refirieran estos al placer o procedieran del éxtasis ante la contemplación del objeto de deseo. Aunque es cierto que el sentimiento auténticamente ligado a sus vidas era el sufrimiento, de él sí hubieran sabido hablar, lo portaban con una especie de aceptación inconsciente que no mitigaba el dolor a pesar de la apariencia de la resignación.

Las mujeres comenzaron a hablar, pero sus voces todavía me llegaban difusas, como faltas de significado, así me había ocurrido al principio cuando, aun sin sentarse, oí a lo lejos las primeras palabras de Helena interrogándose por la ausencia de Diótima. Pero escuchándose a sí mismas, sus palabras se irían aclarando y poco a poco se tornarían totalmente nítidas y adoptarían un tono melodioso que nunca antes habían pensado que podrían poseer; el ambiente creado en torno al banquete que celebrarían con los restos del gran Banquete también fue adquiriendo luz a lo largo de la noche.

Al igual que los hombres, ellas deseaban, en su reunión paralela, preguntarse por Eros para proseguir después con el discurso en torno a la belleza. Lo difícil sería –de ello eran conscientes– encontrar las palabras para expresar la dulzura de tantos sentimientos, enterrados en el interior de sus almas sin apenas haberlos podido tocar y mucho menos expresar. Esa era la intención que se adivinaba en sus prisas, en sus expresiones aceleradas; indudablemente se creían torpes o incapaces pero, ahí, en la oscuridad de la noche, lo iban a intentar, para ello se habían preparado incansablemente en todos los huecos que habían podido conseguir. Se preguntarían sin encontrar respuestas, eran demasiado deudoras de los hábitos de los hombres, eran nada y tenían que tratar de ser algo, estaban dispuestas a cuestionarse lo que se decía a su alrededor o a mostrar su propia ignorancia, al menos tratarían de convertirla en interrogación. ¿No comienzan, acaso, los hombres, con su curiosidad continuada, las más grandes investigaciones? También ellas se sentían capaces de asombrarse, aunque en su caso fuera por el decir ajeno, un decir que les resultaría, en muchas ocasiones, ininteligible desde el oscuro rincón donde se disponían a dialogar.

De esta manera, Helena, con un aspecto algo asustadizo, mirando a todas las mujeres, se dispuso a comenzar los discursos que continuarían después de todas las demás, y habló así:

–Por fin ha llegado la noche tan esperada, las horas que hemos dedicado a prepararnos deben tener hoy su recompensa...

Paró un momento y siguió:

–Diótima, como ya habéis visto, no se encuentra entre nosotras, no vendrá. Podríamos estar indignadas por este olvido, más doloroso en este caso por tratarse

de una mujer y, sin embargo, no debemos estarlo, ella fue la que nos planteó la posibilidad de esta reunión y ahora la podemos realizar y lo vamos a hacer, nos ha costado demasiado esfuerzo llegar hasta aquí y por tanto seguiremos con nuestro plan, con Diótima o sin ella. Tendremos, como ha dicho Safo, que despertar nuestra alma dormida y hacer *como si*, olvidándonos de lo que nos rodea para que esta oportunidad única de expresarnos no se escape una vez más. Tratemos de reunir los restos que hemos ido recogiendo durante tanto tiempo, porque, quizá algún día, lo que aquí se diga o se pudo decir y no se dijo... Quién sabe, quizá algún día... Desde que empezamos, escondidas, a aprender a hablar hasta que conseguimos deleitarnos con todo lo que hemos oído ¿cuánto tiempo ha pasado? Intentemos, pues, aprovecharlo esta noche, hablemos, dialoguemos, sintamos latir la vida a través de todo lo que hemos cosechado.

Su lenguaje entrecortado apenas podía esconder la emoción producida por el ambiente expectante que se había creado en torno a sus primeras palabras. Su rostro todavía era taciturno como el de las demás mujeres, en él se vislumbraba una expresión lejana, inquietante, quizá simplemente todas estaban asustadas, iban a pisar un territorio que les era vedado y no veían con claridad el camino angosto que tenían delante. Con la noche esos rostros cambiarían de expresión y se irían iluminando.

—Sabéis que a poco de conocer a Diótima me habló del gran Homero y de sus relatos, yo no conocía siquiera su nombre y en un principio apenas tenía sentido para mí lo que ella decía, pero en cuanto podía me escapaba y la escuchaba extasiada, era como una melodía todo lo que llegaba hasta mis oídos. Iba enlazando historia tras historia, mientras yo disfrutaba con el lenguaje que describía las aventuras de Odiseo llevado por su astucia, me horrorizaba con las matanzas y crueldades de los hombres y con las venganzas sin fin de los dioses. Me ayudó a fabricar un mundo de imaginación poblado de hechos, ideales y personajes que nada tenía que ver con mi mundo real y en el que me refugiaba para huir de la tristeza de mi existencia. Por desgracia, fue escaso, o me lo pareció a mí, el tiempo que pudimos compartir. Pasaron pronto los días en que ella acudía habitualmente a la casa de Filóxeno, pero gracias a esta relación, más tarde, en mi soledad y de la mano de Homero, empecé a leer como lo hacían los hombres. Tampoco mi soledad fue completa porque nos seguimos viendo y me siguió enseñando. Un día me dijo: «Tu nombre y hasta tu aspecto me recuerdan a aquella por la que se desataron grandes batallas entre los pueblos, y tú que con tu mirada me sigues con tanta atención, si lo deseas, serás capaz de pensar y hablar, yo te enseñaré y aprenderás con prontitud, estoy segura. Mis dotes adivinatorias me permiten leer un futuro muy triste para ti, aunque también hay algo de hermoso en él, porque no te reconocerían, pasarás penalidades, pero tus palabras volarán por los tiempos; tú no serás la causa de ningún mal sino que transmitirás tu saber casi en silencio allá por donde pases». Me asusté, no entendía lo que quería decir, pero me gustaron sus palabras por las que porque las pronunció dulcemente, no eran las órdenes y mandatos a los que estamos acostumbradas, eran sentencias acariciadoras. Cuántas veces hemos hablado de todo esto y nos hemos deleitado o sobrecogido escuchando las narraciones de los hombres, y aun todo ese lenguaje que apenas podíamos descifrar. Contemplando ahora nuestra

reunión y el esfuerzo que hemos hecho transmitiéndonos los conocimientos que nos llegaban, empiezo a dar crédito a aquellas palabras. Diótima está en parte en el origen del saber que ahora poseemos y, si bien ella no está con nosotras, su aliento nos puede infundir la fuerza que necesitamos para iniciar nuestros primeros pasos dialécticos esta noche.

Helena justificaba así el inicio de su andadura intelectual y daba ánimos a las mujeres para seguir adelante en el banquete que habían preparado.

Se hizo el silencio y una voz lejana que no llegué a distinguir de quién era, la animó a seguir y ella no lizo:

–Es una lástima que en un día tan anhelado no estemos todas aquí. ¿Qué le habrá ocurrido a Erinna cuando albergaba en su corazón tantos deseos de que llegara esta noche? Hace poco tiempo, hablando de los temas en que podríamos centrarnos, me hizo saber de parte de lo que tenía preparado para dialogar. Estaba alegre y esperaba ansiosa la celebración de nuestro banquete, me confesó que casi no podía dormir, parecía embargada por una fuerza especial que la mantenía en vigilia. ¡Es tan extraña su ausencia! –dijo Helena con un hálito de tristeza pensando en la amiga ausente.

Noté que las mujeres, todavía con un aspecto sombrío, se movían en sus asientos mostrando una inquietud similar a la que traslucían las palabras de Helena.

–Una de las últimas veces que hablé con Diótima –prosiguió haciendo un esfuerzo– me dijo que esta noche los hombres darán comienzo a sus discursos hablando de Eros como pura atracción carnal, sobre todo hablarán del amor entre ellos, entre iguales. Me dijo que el discurso que ella ha preparado lo pronunciará Sócrates casi al final del banquete después de que hayan hablado los otros, y será en ese discurso donde se introducirá la belleza sentada en su trono y se mostrará la atracción que arrastra hacia ella y es capaz de descubrirla: Eros. Las palabras de Diótima en boca de Sócrates explicarán el deseo amoroso como búsqueda de aquello de lo que se carece, de la suprema belleza, una vez superada la atracción primera del cuerpo y tras ir escalando desde los estratos más materiales hacia lo más sublime, hacia el alma, auténtico polo de atracción para el verdadero amor.

–Los hombres hablarán de los orígenes de Eros, si realmente fue engendrado, si es anterior a los dioses o tiene padres como todos ellos. No sé cómo plantearán todo esto, lo que sí me contó Diótima es que ella presentará a Eros como un *demon* engendrado por una mujer pobre, que no posee nada, y un dios abundante en recursos, adornando de todos los bienes y, por ello, lo que no posee, ya que ha sido engendrado por una mujer y vive en la penuria como su madre, pero tiende a la belleza suprema, ya que también, y sobre todo, es hijo de un dios, y buscará aquello de lo que carece y necesita porque sabe que también existe, fruto de su herencia paterna. Eros sentirá en sus propias carnes lo que le falta y será siempre deseo, eterna atracción hacia lo bello.

Y siguió, aunque perdí por unos momentos su voz y yo, asombrada, no podía creer lo que estaba oyendo; sus palabras fluían de sus labios un tanto temblorosas pero con la suficiente lentitud como para que la noche me las enviara cada vez con más claridad. ¿Era posible –pensé– que las mujeres fueran capaces de hablar como lo estaba haciendo Helena? Se habla cuando se posee un saber, y ella estaba hablando. Me sentí dichosa y dispuesta a deleitarme escuchando sus mensajes.